

# *La Rāslīlā*

*Narrado por Margaret Simpson*

## TERCERA PARTE:

### El Señor se vuelve muchos

Y ahora la luna estaba más alta en el cielo, proyectando un brillante camino de luz a través del río. Jubiloso, Shri Krishna giró alrededor, mirando todas las constelaciones, los mundos más allá de los mundos, donde los dioses se habían reunido para mirar la danza y los músicos celestiales respondían a su flauta.

En la tierra, las *gopis* danzaban alrededor de él en círculos desordenados. Algunas eran exuberantes, otras recatadas, algunas coquetas, otras tímidas. Muchas se acercaban más a él esperando atraer su mirada. Otras, menos seguras de sí mismas, se quedaban atrás. El Señor Krishna miraba a cada una con compasión. Al tocar él más rápido, ellas se movían más veloces; muy pronto estuvieron perdidas en la danza y en la alegría total de estar con Krishna. Todas lo anhelaban, y de pronto ya no había sólo un Krishna, había docenas y docenas de Krishnas, uno para cada una de las *gopis*. ¡Las *gopis* estaban en éxtasis! Cada una abrazaba a Krishna, eufórica de amor y deleite. ¡Cada una sentía que Krishna estaba allí sólo para ella, ¡que la había escogido por sobre las demás! “Es por mi belleza”, pensó una. “Es porque danzo con tanta gracia”, pensó otra. “¡Es mío para siempre!”, pensó una tercera.

Y a medida en que cada pensamiento de orgullo y posesividad entraba en sus cabezas, el encanto se desvanecía, y su mundo cambiaba. Krishna desapareció de la escena. Algunas *gopis* se encontraron aferradas a los árboles. Otras se abrazaban a sí mismas. Todas se sentían despojadas y perplejas. ¿Qué estaban haciendo ahí con la ropa y el cabello desaliñados? Incluso el bosque, que momentos antes había sido tan mágico, ahora parecía frío y vacío. Un viento susurró entre los árboles como un suspiro de desilusión.

—¿Adónde se fue? ¿Dónde está Krishna? —gemía una.

— ¡Hace un momento bailaba conmigo! — dijo una segunda.

— No pudo ser él. Él estaba conmigo — dijo una tercera.

— ¡No! ¡Estaba conmigo! — dijo otra.

Desde el extremo del claro, una *gopi* gritó:

— ¡Se fue por allí! Puedo ver sus huellas.

Ella apuntó hacia un lugar. Ciertamente, sobre la suave arena de plata, a la orilla del río, había, uno junto a otro, dos pares de huellas: unas grandes y otras más pequeñas.

— ¡Alguien se fue con él!

— ¿Radha? ¿Dónde está Radha?

— Sí, ¿dónde *está* Rhada?

Buscaron alrededor. No había trazas de Radha, aunque había estado danzando entre ellas.

Y ahora, a la agonía de su pérdida se sumaban las punzadas agudas de los celos.

— ¡Sigámoslos!

Y así lo hicieron, tomando el camino de arena que se apartaba del río hacia el bosque. Entonces, la *gopi* que guiaba la procesión se detuvo abruptamente y alzó un brazo para detener a las demás.

— ¡Miren! — dijo.

Se reunieron en torno. El rastro de las huellas más pequeñas se terminaba, pero las más grandes seguían, haciéndose más hondas y definidas.

— ¡Desde aquí él la debe haber cargado! — dijo la líder.

Se miraron unas otras, consternadas. Les pareció todavía más seguro que Krishna había elegido ya a su novia, y que esta novia no era ninguna de ellas.

